

HABITAR Y CONSTRUIR: DE LA MIRADA INTERIOR AL ESPACIO DEL MUNDO DE VIDA

Los grandes acontecimientos de la vida humana casi siempre vienen acompañados de la cosmovisión del mundo de la cual sus protagonistas son portadores, cuestión que ha sido destacada reiteradamente por los historiadores de nuestras ideas desde tiempo remotos; el ser humano, además de materia natural viviente, conformada por los elementos orgánicos e inorgánicos que propician todo orden natural vital, es conciencia de su propio ser; esto es, portador de moralidad, cuestión que proviene de esa manifestación justamente costumbrista en la producción de sentido para vivir. No puede concebirse la vida humana desprendida de toda la amalgama cultural que conforma su estructura de ser vivo, moralidad incluida, esa que la historia de la antropología filosófica contemporánea ha subrayado de manera reiterada como la parte más esencial que caracteriza nuestro propio ser: la convivencia y la conciencia de especie.

A partir de esos dos postulados ántropo-filosóficos, se han venido concibiendo nociones de existencia que pasan por entramados tan disímiles como paradójicos, que datan desde cuando se nos ha tratado de definir como “seres racionales”, en su noción más antigua, hasta aquellas por la que se nos cataloga como seres espirituales-bio-psico-antropo-sociales, en su noción más actual. Pasamos de un concepto reduccionista acerca de la vida humana entendida desde su particularidad humana, hasta la noción compleja de esa vida, que implica no solo los aspectos del entendimiento racional, sino que además nos invita a ser parte de una vida plena de elementos más allá de lo lógico-racional-objetivista, pues integra la totalidad y el “orden implicado” que nos hace *ser*.

Para nadie está oculto el hecho de ser nosotros, los seres humanos, partícipes de nuestra propia condición de existencia, entendida como perteneciente a un mundo construido por mor de las convicciones que se poseen acerca de lo que significa vivir, no presente en los demás seres vivos conocidos. El pleno vivir es más que respirar, reza el adagio de la biología clásica, pues precisamente, la vida humana se caracteriza por ser un impulso de nuestra voluntad, explicada finalmente como la acción que se exterioriza desde la interioridad del pensamiento hacia el contexto histórico en el que se desenvuelve cada persona en tanto ser viviente, signado por la búsqueda de la dignidad (hoy necesariamente más allá de la humana). La vida propia nos marca como seres en el mundo, a pesar de las coacciones que se reciben del entorno social desde donde es desplegada la existencia particular de cada ser humano, cuestión que es no solo determinante sino además necesaria: no se es ser humano si no se está en un mundo de vida compartido; aunque la cuestión sobre la “determinación de la vida” es un problema mucho más complejo, tal como nos lo enseñan la biología de la complejidad de Maturana y Morin.

Por ello la noción de vivir es consustancial con la noción de “espacio de vida”, entendido como aquél lugar que ocupa cada ser en satisfacción de su propio impulso para vivir. Entendemos desde esta perspectiva que si la vida es un impulso que viene desde dentro del propio ser, entonces es ese el que permite ocupar los espacios donde se han de desplegar las potencialidades que conforman la vida humana. Y decimos “potencialidades” pues de lo que se trata es que se pueda “desplegar” la totalidad del ser en el espacio elegido para vivir, o

incluso, forzado a vivir, en caso de estar delimitado en la voluntad de despliegue de vida, bien por fuerzas internas pero no escogidas, bien por fuerzas externas muchas veces elegidas por “propia voluntad” (cuestión que muchas veces no puede decodificarse para poder corregir errores en el sentido de la convivencia de la especie).

En fin, de lo que se trata es que la racionalidad humana hoy es entendida como una capacidad de entendimiento pero también como una capacidad de vínculo con lo inexplicable o desconocido, sin que por ello se demande explicación. La espiritualidad vinculada con la noción antropomórfica de la vida, junto con la noción de lo relacional que viene aparejado con lo social, es lo que hace al ser humano ser parte de una complejidad ininteligible pero de la cual muchas veces nos empeñamos en entender tercamente, las más de las iteraciones sin lograrlo. El entendimiento humano posee límites que tozudamente no quiere reconocer en tanto seres dotados de voluntad. De allí que el espacio de despliegue de la vida se entienda como el lugar de desarrollo de potencialidades humanas, aunque los límites del entendimiento se empeñen obstinadamente en obstaculizarlo, y aunque asimismo no seamos conscientes de tales limitaciones.

Precisamente ese es el concepto de vida humana ínsita en la noción de habitar; esta no es más que la razón de vida entendida en su primigenia realidad. Se piensa entonces que cuando el ser humano *habita*, no hace otra cosa que proyectar su vida particular en el contexto social del cual forma parte, preservando siempre su especial manera de ser; esto es, su particular modo de vivir. De allí que acondicionar su espacio de vida no sea otra cosa que preparar el espacio vital para el despliegue de las potencialidades y para el desarrollo del proyecto de vida y de personalidad de quien habita. Habitar-construir-reconstruir para vivir, es la forma como la vida humana se ha visto desarrollada para darle pleno goce y disfrute a la existencia, pues se entiende el entorno como el espacio vital para el mundo de vida individual y compartido, tal como lo entiende Martin Heidegger en su famoso opúsculo, muy conocido entre nosotros: “Construir, habitar, pensar”.

Las reflexiones anteriores tienen como horizonte una filosofía vitalista; tienen en perspectiva una filosofía de la existencia social humana desde la particularidad que le caracteriza como vida y en el contexto de su *habitar*; y es esta precisamente la noción que está presente en el número que hoy presenta la Revista Perspectiva en homenaje a los Estudios de Posdoctorado de la Facultad de Arquitectura y Diseño, coordinado por la Dra. Thais Ferrer, a su vez Directora de este órgano de divulgación científica. En efecto, este Posdoctorado acaba de dar cierre a su primera cohorte, integrada por prestigiosos docentes e investigadores tanto de la Facultad de Arquitectura y Diseño como de otras instituciones de la región, quienes en este número entregan algunos de los productos que las investigaciones propuestas desarrollaron durante el decurso de las actividades, que hoy precisamente dan a conocer a través de la Revista.

Podemos destacar que hay un hilo conductor en todos estos trabajos, y no es otro que la idea de desarrollar en el contexto de los estudios postdoctorales, la pertinencia científica y de responsabilidad en la producción de conocimiento, pues los proyectos de investigación rindieron homenaje al valor social que cada uno de ellos cumple en el contexto propio donde tienen su interacción, remarcando con ello de manera fehaciente que la Universidad que tenemos ha ido señalando rumbos sociales de manera que los aprendizajes que se suscitan en su seno, logren de manera directa sumergirse en procesos de transformación social. La educación universitaria es así exaltada en este contexto, demostrando con ello que la idea de Universidad es

verdaderamente un valor ético y socio-político, en la medida que se construye ciudadanía de futuro desde la ciencia que se genera.

Estos trabajos producto de las investigaciones desarrolladas en este espacio de acción universitaria, representan uno de los aportes más importantes que se hayan hecho a la sociedad desde nuestros especiales modos de ver la vida como habitantes de un espacio, pues pueden verse claramente en cada uno de ellos la idea de ser humano que se proyecta en su hábitat desde la idea de convivencia, cuestión que además es atisbada desde momentos históricos remotos en nuestra vida como ciudad. Ha emergido desde estas investigaciones un carácter de ciudad, descrito y explicado a la luz de las teorías generadas, coincidiendo así con nuestras concepciones acerca de lo que ha significado vivir como habitar. Por ello, ha sido un privilegio haber presenciado en su pleno desarrollo el despliegue de estos procesos de investigación, los cuales han permitido a todos los involucrados por la Facultad de Arquitectura y Diseño, ser testigos presenciales de innovaciones tecnológicas, teóricas y filosóficas en torno al hábitat, es decir, de una nueva teoría arquitectónica, desde la concepción heideggeriana citada.

Por esas cuestiones del destino, he sido invitado a participar como miembro del Comité Académico de este naciente Posdoctorado, junto con la entusiasta profesora Mercedes Ferrer, programa este que hoy “pare” sus primeras ideas, condensadas en los artículos aquí publicados; y en razón de ello, además del privilegio que comporta, no me queda más que agradecer la generosidad de la cual he sido favorecido, a la Coordinadora Dra. Thais Ferrer, quien con su constante entusiasmo y desempeño innovador, animó nuestra presencia en las discusiones que se generaron al fragor de las presentaciones de las ideas surgidas y en las reuniones del Comité. Desde luego que este agradecimiento es extensible a todo el personal de la Facultad de Arquitectura y Diseño, a cuyo frente se encuentra su entusiasta Decana, la Dra. Susana Gómez; a la División de Posgrado de la Facultad de Arquitectura, encabezado por su actual Director, el Dr. Ramón Arrieta, y de manera muy especial, al Comité Editorial de la Revista Perspectiva, sin cuya generosidad habría sido imposible participar con nuestras ideas en la conformación de estas líneas introductorias, destacándose el entusiasmo que siempre le ha puesto durante este arduo trabajo, la participación de la MSc. Leyda Gioconda Brun, una de las arquitectas de este prestigioso órgano de divulgación científica.

Espero finalmente que este número sea acogido con beneplácito por la comunidad de investigadores nacionales e internacionales, quienes han venido asumiendo a esta Revista Perspectiva como un importante punto de encuentro con las ideas creativas e innovadoras. A todos, muchas gracias.



Dr. José Vicente Villalobos Antúnez
Posdoctorado en Arquitectura
Miembro del Comité Académico